

[Chiesa/Omelie1/Cuore/23B09CorazónCobardeDesiertoAbrirPalabraSeñorEducaciónTestimonioFeBXVI]

➤ *El desierto espiritual. Los "corazones cobardes": cuando perdemos la capacidad de oír y de hablar. El corazón debe estar abierto a la palabra del Señor para acoger así su presencia.. La educación en la fe y el testimonio de la fe. La atención a los signos de Dios: el más inmediato es ciertamente la atención al prójimo, según lo que dijo Jesús: "Cuanto hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis". La curación del sordomudo.*

❖ Cfr. Benedicto XVI, Homilía en Valle Faul, Viterbo, 6 septiembre 2009, Domingo 23 del tiempo ordinario, ciclo B

(...)

- **Abramos el corazón a la palabra del Señor y acojamos el don de su presencia.**
 - **El "desierto", en su lenguaje simbólico, puede evocar los acontecimientos dramáticos, las situaciones difíciles y la soledad que no raramente marcan la vida; cuando el corazón pierde la capacidad de oír, de hablar ... el corazón cobarde.**

Queridos hermanos y hermanas, cada asamblea litúrgica es espacio de la presencia de Dios. Los discípulos del Señor, reunidos para la santa Eucaristía, proclaman que él ha resucitado, está vivo y es dador de vida, y testimonian que su presencia es gracia, es tarea, es alegría. Abramos el corazón a su palabra y acojamos el don de su presencia. En la primera lectura de este domingo, el profeta Isaías (35, 4-7) anima a los "cobardes de corazón" y anuncia esta estupenda novedad, que la experiencia confirma: cuando el Señor está presente se despegan los ojos del ciego, se abren los oídos del sordo, el cojo "salta" como un ciervo. Todo renace y todo revive porque aguas benéficas riegan el desierto. El "desierto", en su lenguaje simbólico, puede evocar los acontecimientos dramáticos, las situaciones difíciles y la soledad que no raramente marca la vida; el desierto más profundo es el corazón humano cuando pierde la capacidad de oír, de hablar, de comunicarse con Dios y con los demás. Se vuelve entonces ciego porque es incapaz de ver la realidad; se cierran los oídos para no escuchar el grito de quien implora ayuda; se endurece el corazón en la indiferencia y en el egoísmo. Pero ahora —anuncia el profeta— todo está destinado a cambiar; esta "tierra árida" de un corazón cerrado será regada por una nueva linfa divina. Y cuando el Señor viene, dice con autoridad a los cobardes de corazón de toda época: "¡Ánimo, no temáis!" (v. 4).

Aquí se enlaza perfectamente el episodio evangélico, narrado por san Marcos (7, 31-37): Jesús cura en tierra pagana a un sordomudo. Primero lo acoge y se ocupa de él con el lenguaje de los gestos, más inmediatos que las palabras; y después, con una expresión en lengua aramea, le dice: "*Effatà*", o sea, "ábrete", devolviendo a aquel hombre oído y lengua. Llena de estupor, la multitud exclama: "Todo lo ha hecho bien" (v. 37). En este "signo" podemos ver el ardiente deseo de Jesús de vencer en el hombre la soledad y la incomunicabilidad creadas por el egoísmo, a fin de dar rostro a una "nueva humanidad", la humanidad de la escucha y de la palabra, del diálogo, de la comunicación, de la comunión con Dios. Una humanidad "buena", como es buena toda la creación de Dios; una humanidad sin discriminaciones, sin exclusiones —como advierte el apóstol Santiago en su carta (2, 1-5)—, de forma que el mundo sea realmente y para todos "espacio de verdadera fraternidad" (*Gaudium et spes*, 37), en la apertura al amor al Padre común, que nos ha creado y nos ha hecho sus hijos y sus hijas.

- **La educación en la fe y el testimonio de la fe.**
 - **La mente debe ir más allá del mundo sensible: este es el itinerario de la salvación, iluminado por la luz de la Palabra de Dios y alimentado por los sacramentos.**

Querida Iglesia de Viterbo, que Cristo, a quien vemos en el Evangelio abrir los oídos y desatar el nudo de la lengua al sordomudo, abra tu corazón y te dé siempre la alegría de la escucha de su Palabra, la valentía del anuncio de su Evangelio, la capacidad de hablar de Dios y de hablar así con los hermanos y las hermanas y, por último, el valor del descubrimiento del rostro de Dios y de su belleza. Pero para que esto pueda suceder —recuerda san Buenaventura de Bagnoregio, adonde iré esta tarde—, la mente debe "ir más allá de todo con la contemplación e ir más allá no sólo del mundo sensible, sino también más allá de sí misma" (*Itinerarium mentis in Deum* VII, 1). Este es el itinerario de salvación, iluminado por la luz de la Palabra de Dios y alimentado por los sacramentos, para todos los cristianos.

- **La educación en la fe como vida en Cristo. El ser cristiano consiste en «aprender a Cristo».**

De este camino que también tú, amada Iglesia que vive en esta tierra estás llamada a recorrer, quisiera ahora retomar algunas líneas espirituales y pastorales. Una prioridad que interesa mucho a tu obispo es la *educación en la fe*, como búsqueda, como iniciación cristiana, como vida en Cristo. Es el "ser

cristianos" que consiste en el "aprender a Cristo" que san Pablo expresa con la fórmula: "Ya no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí" (*Ga* 2, 20). En esta experiencia están involucradas las parroquias, las familias y las diversas asociaciones. Están llamados a comprometerse los catequistas y todos los educadores; está llamada a dar su aportación la escuela, desde la primaria hasta la Universidad de Tuscia, cada vez más importante y prestigiosa, y en particular la escuela católica, con el Instituto filosófico-teológico "San Pedro". (...)

Junto con la educación, el *testimonio de la fe*. "La fe —escribe san Pablo— actúa a través de la caridad" (*Ga* 5, 6). Desde esta perspectiva se hace visible la acción caritativa de la Iglesia: sus iniciativas, sus obras son signos de la fe y del amor de Dios, que es Amor, como he recordado ampliamente en las encíclicas *Deus caritas est* y *Caritas in veritate*. En este ámbito florece y se incrementa cada vez más la presencia del voluntariado, tanto en el plano personal como en el asociativo, que halla en la *Caritas* su organismo propulsor y educativo. (...)

o **La atención a los signos de Dios**

- **El signo de Dios más inmediato es ciertamente la atención al prójimo, según lo que dijo Jesús: "Cuanto hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis" (*Mt* 25, 40).**

Quisiera aludir, por último, a una tercera línea de vuestro plan pastoral: la *atención a los signos de Dios*. Como hizo Jesús con el sordomudo, de igual modo Dios sigue revelándonos su proyecto mediante "hechos y palabras". Escuchar su palabra y discernir sus signos debe ser, por tanto, el compromiso de todo cristiano y de toda comunidad. El signo de Dios más inmediato es ciertamente la atención al prójimo, según lo que dijo Jesús: "Cuanto hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis" (*Mt* 25, 40). Además, como afirma el concilio Vaticano II, el cristiano está llamado a ser "ante el mundo testigo de la resurrección y de la vida del Señor Jesús, y signo del Dios vivo" (*Lumen gentium*, 38). Debe serlo en primer lugar el sacerdote, a quien Cristo ha escogido todo para él. Durante este Año sacerdotal, orad con mayor intensidad por los sacerdotes, por los seminaristas y por las vocaciones, para que sean fieles a la llamada. Asimismo, toda persona consagrada y todo bautizado debe ser signo del Dios vivo.

Fieles laicos, jóvenes y familias, ¡no tengáis miedo de vivir y testimoniar la fe en los diversos ámbitos de la sociedad, en las múltiples situaciones de la existencia humana!

(...)
© Copyright 2009 - Libreria Editrice Vaticana